

NOTAS PARA UNA GUIA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

EL PAISAJE EN CASTILLA

EN España, el paisaje nos está siempre incitando a viajar. Nuestros héroes legendarios, los imaginados y los reales, el Cid y Don Quijote, fueron esencialmente viajeros, y esa pasión por la caballería andante, que con tal furia se desarrolla al comenzar el siglo xvi, aún más que por el mito que encarna el protagonista, apasiona por los caballos. Tener caballo significa tener todos los caminos abiertos a la aventura. A Santa Teresa, que, en su mocedad, gustó de los libros de caballerías, se la da título de andariega, y la historia de sus fundaciones no es sino un constante caminar por los caminos de España; y Carlos V es el ejemplo más evidente de un Gobierno en viaje perpetuo, de un trono con ruedas.

Conocer España, en sus expresiones más íntimas, no es empresa fácil. Lo más profundo de su carácter se halla en lugares apartados de todo comercio, con caminos difíciles, puentes angostos y cordilleras y puertos con nieves perpetuas.

La misma llanura castellana hay que penetrarla hasta ese punto en que se produce un círculo perfecto que, aún más que el mar, nos da una impresión estricta de la redondez del mundo. Adquiere allí el paisaje una solemnidad extraordinaria, y las puestas de sol prestan al desolado confín las luces más dramáticas que pueden imaginarse. Es el sentido profundo de inmensidad. Los llamados Campos Góticos, en Castilla. Campos de Villalar, cerca de Ríoseco, donde se dió la gran batalla comunera, nos ofrecen esta patética impresión de la meseta castellana, una llanura que es una cima, de la que no se alcanzan las vertientes. Nada turba la majestuosa desolación. Ni un árbol, ni una piedra, ni una choza de pastor, so-

lamente tierra, en sucesión inacabable de surcos, que hay que cruzar de través, en busca de una linde o un camino que sirvan a nuestros pasos de cauce más seguro. Nos sentimos sumidos en la tierra, náufragos en la arcilla, que en los días invernales se hace blanda y pegajosa, o bien, a la tarde, dura y cortante, como vidrio, por la helada. La mirada, en torno, no traza sino círculos concéntricos, y así, el caminante llega a sentirse eje del mundo. Sobre este páramo, las nubes se mueven con un ritmo de marea. Nubes altas, tan leves, que se pierden en la inmensidad como volutas de humo; nubes doradas, a la caída de la tarde, que fingen navíos y dragones; nubes blancas, de lana, que se apelotonan en rebaños de un caminar lento y perezoso; nubes en semicírculo, formando graderías, preparadas para el gran espectáculo de la gloria, como en un lienzo de Tiépolo. En la llanura castellana, el cielo es más importante que la tierra.

Quizá las más grandes empresas de Castilla se hicieron por esto, por la aptitud que los hombres tienen de mirar a lo alto y a lo ancho, y porque el último punto del horizonte es cielo también. Aquí quedan claros los conceptos de lo que es aire, y lo que es aura.

La cigüeña y el galgo son los dos elementos vivos de este paisaje, tan plano para el vuelo y la carrera, y cuando nos aproximamos al río hondo, de color de arcilla, como la tierra, el Duero, nos detiene el álamo, fino de perfil, dócil a las veleidades del viento, derecho y erguido en un pugilato de estatura. El galgo y el álamo juntos forman el ángulo recto de este paisaje.

Los caminos que cruzan esta llanura son rectas inacabables, derechos a su destino, sin una vacilación ni una curva. De trecho en trecho, árboles escuetos nos dan una breve escolta, y cuando nos aproximamos a un poblado, lo primero que advierten nuestros ojos es una torre, una cúpula, la aspillera de una muralla... Iglesias y castillos. Son muchos los castillos deshabitados que se mantienen en pie, algunos solitarios en el paisaje; otros, aún sosteniendo las murallas que rodean la ciudad, en el centro de un círculo de casas, que se agarran al cerro en un anhelo de llegar hasta la fortaleza.

El castillo de Peñafiel parece una nave encallada. Y en torno de estas piedras, toda la Historia nacional, el enorme esfuerzo de Castilla por encontrar fórmulas de unidad. Diríase que en esta meseta se guardaba el alma de España, dispuesta a las más grandes expansiones.

Hay un punto, en el páramo de la Lora, en el que esta enorme meseta se precipita en el abismo. El Ebro, recién nacido, forma en lo profundo curvas y umbrosos meandros, y, al otro lado, aparece la cordillera cántabra. El cielo, por esta parte, suele hacerse hosco y confuso. Los altos picos de las montañas se envuelven en girones desgarrados de nubes, y los valles, en nieblas flotantes, con pequeños resquicios de sol, para que brillen un instante los tejadillos, de un rojo patinado de verdín. Al otro lado, los ríos claros, cuando la cordillera se recorta en un cielo azul con perfiles de oro, se presiente el mar. Es aquí, sobre este abismo de la Lora, y en un día de primavera, cuando nos damos exacta idea de lo que es lo seco, lo árido, lo austero, y hasta qué punto Castilla pudo ser impermeable a la influencia de todas las invasiones.

El caballo y el castillo han creado dos palabras de muy profundo significado. La de caballero, que equivale a hombre de honor, y la de castellano, que, de ser dueño de castillo, pasó a ser habitante de Castilla, además de ser la palabra que define el idioma.

* * *

Entrando en Castilla por el Norte, recorreremos el camino que siguieron todas las invasiones. En el paso que va del mar a la meseta central. Y antes de llegar a Burgos, el paisaje parece cerrarse con rocas ingentes en los apretados desfiladeros de Pancorvo. No bien salimos de esta angostura, el horizonte se ensancha, y una llanura suave, verdadera transición de la montaña a la planicie, avisa al viajero que comienza a caminar por Castilla. Van quedando a la espalda la ingente cordillera, las espesas umbrías, los campos de maíz..., y comienzan las grandes extensiones de trigo, que van marcando los días del año con sus leves gradaciones de color, del ver-

de al oro. El paisaje, sin embargo, es aún blando, húmedo, amable, y le prestan cierto tono romántico las agujas góticas de la catedral, recortadas en un cielo azul muy profundo.

Si de Burgos avanzamos hacia Valladolid, vamos percibiendo a cada paso un mayor acento de sobriedad. Grandes barbecheras, bosques de encinas bajas y pinares. Estamos ya en tierra de pinares. Pinares de llanura, en los que la luz busca resqueios para fingir lejanías. Comienzan los pueblos y las ciudades de tierra. Estos pueblos, a nuestro paso, parecen deshabitados. Casas cerradas, con pequeñas ventanas, ateridas de frío en el invierno, agobiadas de sol en el verano... La luz es tan viva y tan fuerte, que aun en la noche, en los días claros, el cielo sigue pareciendo azul. El aire es sutil y transparente, y nuestros ojos alcanzan confines inverosímiles. Un caminante, un borriquito, un carrito, un pequeño rebaño..., son puntos de referencia en el paisaje, que, por mucho que examinemos, no llegamos a perderlos de vista.

Cada ciudad representa un oasis. Avila y Zamora con sus murallas, Salamanca con su tradición de sabiduría y sus palacios del Renacimiento, Segovia enclavada en un macizo de verdura, con piedras muy doradas y sostenida por el granito de su enorme acueducto romano.. Estas ciudades no son sino un accidente más del paisaje. Diríase que éste penetra dentro del recinto de la ciudad, y con él las nubes, que se desgarran en veletas y campanarios. Y, junto a las ciudades, las grandes villas, impregnadas de historia nacional.

Ya muy próximos a Madrid, El Escorial y Toledo. El Guadarrama sirve de divisoria a las dos Castillas. He aquí una sierra interior, lejana al mar, de un leve azul en la lejanía, tan dócil a los pinceles de Velázquez. Monte bajo de encinas, en torno a las casas de campo de los reyes, valles abiertos y dilatados, y el gran Monasterio, que es paisaje también, como si el enorme edificio hubiese sido arrancado de la propia montaña.

Toledo pudiera ser la ciudad más representativa del proceso de la Historia de España. Es el filtro por el que se han depurado todas

las culturas hispánicas y la ciudad que conserva de modo más permanente la fisonomía de lo que era una ciudad española en la época más gloriosa de España. El paisaje y la ciudad aparecen tan fundidos, que pudiera decirse que Toledo es una ciudad encerrada en un paisaje.

Ya en nuestra marcha hacia el Sur, aparecen otras llanuras, las de la Mancha. De estas llanuras era Don Quijote. El viento corre por ellas sin encontrar apenas árboles en los que recordar su canción. Viejos molinos de viento se elevan en el paisaje y prestándole, a la luz de la luna, el aspecto de un mundo de fantasmas. Por estas llanuras llegamos a un punto en que nos damos cuenta de que hemos emprendido un viaje de transición. Se van humanizando la Naturaleza y el clima; se va dulcificando el acento; aparecen los primeros olivos y los primeros muros blancos; al borde del camino crecen unos capus; el perfil de la sierra es más dulce y sensual... El paisaje empieza a oler nos a Andalucía.

FRANCISCO DE COSSÍO

A sí se vió cómo el liberalismo, mientras escribía maravillosas declaraciones de derechos en un papel que apenas leía nadie, entre otras causas porque al pueblo ni siquiera se le enseñaba a leer; mientras el liberalismo escribía esas declaraciones, nos hizo asistir al espectáculo más inhumano que se haya presenciado nunca: en las mejores ciudades de Europa, en las capitales de Estados con instituciones liberales más finas, se hacinaban seres humanos, hermanos nuestros, en casas informes, negras, rojas, horripilantes, aprisionados entre la miseria y la tuberculosis y la anemia de los niños hambrientos, y recibiendo de cuando en cuando el sarcasmo de que se les dijera cómo eran libres y, además, soberanos.

(Del discurso pronunciado por José Antonio en el Teatro Calderón, de Valladolid, el día 4 de marzo de 1934.)



Notable busto del Fundador de la Falange realizado por el prestigioso escultor CARLOS MONTEVERDE, que, comunicando rasgos de humanidad, ha conseguido llevar al mármol la expresión más acabada de José Antonio. El busto ha sido adquirido por la Jefatura provincial del Movimiento de Santander, obteniendo una excelente acogida en los medios artísticos y culturales de la Falange.

